

John Beverley. *Políticas de la teoría. Ensayos sobre subalternidad y hegemonía*. Selección y prólogo de Sergio Villalobos-Ruminott. Caracas: CELARG, 2011, 202 pp.

En las últimas dos décadas, y quizá un poco más, John Beverley ha llegado a ser uno de los principales críticos literarios y culturales del continente. Su nombre y su trabajo han estado al centro de los mayores debates del latinoamericanismo desde los años ochenta en adelante, tanto en Estados Unidos como en América Latina. Barroco, testimonio, estudios culturales, subalternidad y políticas del saber son algunos de los pliegues en los que se ha inscrito. El libro que aquí reseñaremos es, de alguna manera, un cierto balance, el itinerario personal de su trayectoria, la de un intelectual perteneciente a la “generación de los sesenta”, como se recalca en varios momentos. *Políticas de la teoría* reúne un conjunto de ensayos, siete en total, que refieren el vínculo entre la academia y la política, o, más precisamente, el modo en que tales referentes se articulan mutuamente y se suplementan, *según el autor*, lo que hace de este libro algo así como un texto de crítica militante y partisana, que no teme declarar aliados y enemigos. Se trata de un libro similar a otro publicado también en 2011 en Estados Unidos: *Latinamericanism after 9/11* (Duke University Press), libro con el que comparte, además de los temas abordados, cuatro de sus siete ensayos. Esta diferencia se debe a que fue Sergio Villalobos-Ruminott –también traductor de *Subalternidad y representación* (2004)– quien se encargó de seleccionar y traducir al español los textos que conforman *Políticas de la teoría*, entregándoles una coherencia que en su presentación se devela como la forma en que el escenario político-institucional latinoamericano podría estar transformando, u obligando a transformar, el pensamiento sobre América Latina, pues en el caso del mismo Beverley, la llamada “marea rosada” lo ha llevado a adoptar una posición que el mismo define como post-subalternista (171), dado que ahora una de sus principales preocupaciones pasa por repensar el lugar del Estado, así como las consecuencias que podría tener tal pensar para la academia. Este “pasaje” debe ser resaltado, pues si su vínculo con el subalternismo lo llevó en algún momento a rechazar el lugar de la nación y a desconsiderar el vínculo entre subalternidad y Estado, en los textos reunidos en este libro aboga por una subalternidad que pueda y deba devenir hegemonía. De manera que, como señala Villalobos-Ruminott, el libro “está orientado... a discernir las coordenadas materiales que hacen posible reelaborar una concepción de la práctica intelectual advertida tanto de sus limitaciones endémicas (asociadas a su posición en la división social del trabajo), como de su carácter secundario en relación con las prácticas políticas subalternas” (14).

Los ensayos fueron escritos entre 1998 y 2008 (y publicados y/o republicados entre 1998 y 2011), aunque el orden del libro no es temporal sino temático. Se inicia con “Tesis sobre subalternidad, representación y política” (1998), uno de los escritos quizá más revisados para la presente publicación, puesto que se percibe la insistencia en la necesidad de pensar una nueva forma para el Estado-nación, no ya su construcción monolítica y elitista, sino una formación estatal subalterna. Sin embargo, este texto (que surgió a partir de una carta que el crítico de arte francés Jean-François Chevrier le dirigió a Beverley a propósito de algunas nociones gramscianas en uso en su trabajo), muestra un firme posicionamiento en la corriente subalternista liderada por Ranajit Guha, a la vez que indica la dirección que tomarán sus reflexiones a lo largo del libro, pues de alguna

manera, en él se encuentran gran parte de los temas que, a la luz del actual escenario latinoamericano, resultan centrales para el autor; además de la urgencia estratégica de repensar el Estado, se enuncian la supuesta connivencia entre Estudios Culturales (*a la* latinoamericana, podríamos señalar, pues es obvio que el autor está pensando en el trabajo de Néstor García Canclini) y la lógica capitalista, una conceptualización de la subalternidad (41), el lugar del intelectual y su vínculo con los sectores subalternos (43), el giro neoconservador de cierta crítica latinoamerican(ist)a (45) y los límites de la deconstrucción para articular un proyecto académico político radical (46). En cuanto a los Estudios Culturales, Beverley ya había señalado en reiteradas ocasiones su desconfianza hacia ellos, de manera que esta reiteración quizá se deba tanto a la necesidad de develar su ineficacia política (sobre todo si se los compara con la escuela de Birmingham) como a señalar que tienen poco o nada en común con los Estudios Subalternos, a pesar de que a inicios de los noventa pensaba lo contrario, pues los consideraba parte de un mismo proyecto transformacional. No obstante, más relevante aquí resulta “el deseo y la necesidad de un nuevo tipo de Estado” (51), pues ello lo obliga sobre todo a repensar la noción de subalternidad y su necesidad de devenir Estado, tal como indicara Gramsci en sus *Cuadernos*, pues implica que los sectores subalternos deben pasar de la negatividad que los caracteriza a una hegemonía, que podríamos llamar “deconstrucción positiva”, en el sentido de que deben hacer tanto del Estado como de la nación un Estado y una nación diferentes.

El libro continúa con un ensayo que contribuyó a su título: “La política de la teoría: un itinerario personal”. Este es quizá el lugar donde con mayor fuerza se aprecia el pasaje que el autor está realizando, pues no solo se trata de un cambio de mirada personal, sino de la urgencia que debería tener tal tránsito para los académicos de su generación, aquellos que, como él, ilusamente creyeron en la posibilidad de una práctica teórica y en su capacidad para lograr efectos concretos en la realidad que se pretendía transformar. Tal ilusión tiene, por supuesto, un culpable, que no es Althusser sino Sausurre, por haber potenciado “la doctrina estructuralista del carácter ‘arbitrario’ del signo” (71), pues ella fue la que permitió a toda una generación soñar con un (falso) radicalismo. Lo que viene después es un auge desmedido de la llamada “teoría”, un auge al que ya es tiempo de ponerle coto. Luego da paso a la descripción de su devenir académico político, comenzando por el barroco, el primer campo de trabajo de Beverley, hasta terminar hoy, como ya hemos indicado, en una posición post-subalternista. En este punto hay que señalar la importancia de un libro como *La ciudad letrada*, de Ángel Rama, pues no es difícil percibir que la influencia de este libro en su trabajo llega hasta la actualidad: “tuvo un impacto decisivo sobre mi generación... Lo que Rama nos hizo ver, o lo que queríamos ver en su libro, fue que la literatura en sí—incluso las ‘novelas del boom’ o la ‘poesía conversacional’ promulgada por los cubanos— estaba implicada en la formación de las elites tanto coloniales como postcoloniales en América Latina” (81). De esta forma la literatura se convirtió, para el Beverley subalternista, en una práctica que debía ser combatida a toda costa, pues su vínculo con el poder (estatal fundamentalmente) develaba sus limitaciones para representar adecuadamente a los sujetos, en especial a los más desfavorecidos, los subalternos. De ahí el título de uno de sus libros, *Against Literature* (1993). Este hecho fue el que lo llevó hacia el testimonio y en particular al de Rigoberta Menchú, quien terminó haciendo de

la escritura (y de la literatura) un medio para su lucha: “Tanto en su forma como en su contenido, el testimonio cambiaba la identidad del narrador popular como una especie de ‘informante nativo’ que proveía una ‘materia prima’ al investigador o escritor, para transformarlo en un gestor de sus propias condiciones de narración y verdad” (83). El ensayo termina señalando la centralidad que ha cobrado la cultura, pero no tanto para el mundo académico, como para el neoliberalismo, que ha sido más efectivo que los Estudios Culturales o los Estudios Subalternos en el “trabajo de desjerarquización y desterritorialización culturales” (88). Ello debido a que nunca se realizó un estudio profundo de la economía política neoliberal, ni se la combatió debidamente, es más, el capitalismo bajo esta versión, terminó afectando al mismísimo espacio universitario y frustrando las posibilidades de una democratización académica efectiva.

El texto que sigue es una invitación a reimaginar el pensamiento crítico desde el ámbito cultural, pero siempre a partir de lo que el historiador indio Dipesh Chakrabarty llama la “heterogeneidad radical del subalterno”. Luego viene el que es seguramente el ensayo más polémico del libro, “El giro neoconservador en la crítica literaria y cultural latinoamericana”, donde se señala cómo algunos intelectuales de su generación, otrora de izquierda, hoy han asumido, a su juicio, una posición contrainsurgente. En sus palabras, “Este ensayo sostiene que en la actualidad se está produciendo un giro neoconservador en la crítica literaria y cultural latinoamericana. Este giro es doblemente paradójico: primero, porque ocurre en el contexto del reciente re-surgimiento de la o las izquierda/s latinoamericana/s como fuerza política; segundo, porque se manifiesta principalmente desde la izquierda” (111). De manera esquemática, Beverley señala que en la crítica literaria latinoamericana se han dado dos grandes tendencias, una que podría identificarse como “crítica social”, operativizada alrededor del trabajo de Rama –en particular de *La ciudad letrada*– y otra influida por la teoría francesa (Barthes, Foucault, Derrida, Lacan y el feminismo francés), cuyo más destacado exponente sería Roberto González Echevarría y sus discípulos. Habría una tercera corriente –en la cual sin embargo en este ensayo no se detiene–, cuyos practicantes “representan una posición intermediaria entre esas dos tendencias”, dado que desarrollan “una agenda progresista y/o feminista” (112). Aquí se encontrarían Josefina Ludmer, Silvia Molloy, Nelly Richard, Julio Ramos, Mary Louise Pratt y Alberto Moreiras, a quien está dedicado el penúltimo ensayo. Se da por sentado que Beverley mismo forma parte de la corriente social, mientras Mario Roberto Morales, Mabel Moraña y Beatriz Sarlo, en quienes está concentrado el ensayo, constituyen el giro neoconservador, descrito como el “intento, por parte de una intelectualidad criollo-ladina, esencialmente blanca, de clase media y media-alta, educada en la universidad, de capturar, o recapturar, el espacio de autoridad cultural y hermenéutica de dos fuerzas también en pugna: 1) la hegemonía del neoliberalismo y lo que es visto como las consecuencias negativas de la fuerza descontrolada o sin mediación del mercado y la cultura de masas comercializada; 2) los movimientos sociales y las formaciones políticas basadas en políticas identitarias o ‘populismos’ de varios tipos, que involucran nuevos actores políticos que ya no se sienten en deuda con el liderazgo intelectual o estratégico de la intelectualidad étnicamente criolla y económicamente de clase media o clase media alta” (134). En otras palabras, a estos neoconservadores no les agradan los subalternos, defienden el lugar tradicional (elitista) del intelectual *latinoamericano*, rechazan el pasado

revolucionario—del que fueron participantes o simpatizantes—y abogan por un regreso a las fronteras disciplinarias humanistas (ya no más Estudios Culturales ni Subalternos). Para Beverley estos nombres serían parte de una tendencia en desarrollo, de manera que urge develar su estrategia anti transformacional.

El libro continúa con una revisión del libro *Empire* (2001), de Michael Hardt y Antonio Negri, a cuya multitud le opone un pueblo heterogéneo, pero articulado en torno a “la resistencia de la tradición de la modernidad” (137). Beverley hace de su crítica también su propuesta, dado que a las ideas de Hardt y Negri opone las suyas, entre las que destaca la defensa de políticas identitarias sustentadas en torno a un multiculturalismo radical (no liberal a lo Charles Taylor) que debiera dar lugar a una nación realmente democrática, como la propuesta a inicios del siglo XX por Otto Bauer, dado que “el problema de la nación y de la identidad nacional están, todavía, en el corazón del conflicto global, aun cuando la naturaleza de tal conflicto haya cambiado en el último cuarto de siglo” (144). Para Beverley, el ataque neoliberal al Estado muestra que este sigue siendo un lugar relevante para la política, y que por tanto obliga a una “relegitimación del Estado”, pero a partir de “nuevos conceptos de nación, de identidad e intereses ‘nacionales’, de ciudadanía y democracia, de lo ‘nacional popular’ y quizás de la política misma” (153).

El sexto ensayo está dedicado a la revisión de un libro que lamentablemente aún no ha sido traducido al español, pero cuya lectura resulta fundamental para comprender el devenir de los estudios culturales y literarios latinoamericanos, así como su crisis. Me refiero a *The Exhaustion of Difference*, de Alberto Moreiras (2001). Beverley señala que este libro no muestra tanto el agotamiento, como la captura de la diferencia por parte de la máquina académica. A partir de una lectura deconstructiva, en él se devela la connivencia entre dicha captura y el orden neoliberal, lo que dificulta las reivindicaciones subalternistas y minoritarias. Sin embargo, a pesar de la lucidez con que Moreiras da cuenta de un escenario que simulaba ser democrático, su libro finalmente no lograría trascender los límites que el pensamiento radical apuesta a derribar, dado que “se inscribe en el espacio de la teoría crítica cosmopolita, el cual es, en sí mismo, producido y alimentado por la lógica de la globalización” (168). En otras palabras, más que combatirlo, la deconstrucción de Moreiras estaría operando, sin percibirlo, a favor del orden dominante. A ello habría que agregar que al sobrevalorar la crítica cultural e intelectual, en desmedro de lo que se podría llamar un latinoamericanismo “subalterno” (169), termina uniéndose o acercándose al giro neoconservador que Beverley está develando. De ahí su escepticismo con la deconstrucción en general.

El libro cierra con el ensayo más programático, “El subalterno y el Estado”, pues es en él donde más enfáticamente se insiste en la urgencia de repensar el lugar estratégico del Estado, cuestión que lanza al autor hacia el horizonte post-subalternista ya mencionado, pues si su trabajo anterior estuvo marcado por su crítica estatal y nacional—crítica de la cual el debate que mantuvo con Florencia Mallon, a propósito de su libro *Campeño y nación*, es un buen ejemplo—, la llamada marea rosada compelería (a él y a todo intelectual comprometido con otro mundo) a tomar nuevas posiciones. “En concreto, argumentaré que la forma de concebir el Estado en los estudios subalternos y en la teoría social posmoderna en general, se encuentra hoy en una especie de callejón político y teórico a la vez, y que, por lo tanto, necesitamos un nuevo paradigma para pensar las relaciones entre

los movimientos y grupos subalternos y el Estado, o, para decirlo de otra manera, entre hegemonía y subalternidad” (171). Para Beverley, el haber pensado que el Estado era un lugar sin relevancia para los sectores subalternos, como también haber imaginado que la sociedad civil era su lado heterogéneo, ha constituido una gran ceguera, y con nefastas implicancias: “este error teórico también resultó en un error *político* estratégico, un error que produjo involuntariamente una complicidad con el debilitamiento de la izquierda en México y con la perpetuación de la derecha en la actualidad” (180).

Como se ve, este es un libro profundamente comprometido con el debate y, por lo mismo, bastante polémico. Su lectura resulta necesaria no tanto para aceptar o rechazar sus propuestas, como para continuar la discusión respecto al lugar de la literatura y del intelectual, a la luz de las condiciones del siglo XXI. Como señala Villalobos-Ruminott en el prólogo, la invitación es a “abandonar las preocupaciones teóricas y éticas trascendentales, para concentrarse, con un desenfadado pragmatismo, en la *realpolitik*” (13).

Es en tal sentido que cierro esta reseña con algunas dudas y comentarios, realizados, para seguir en la sintonía del libro, a partir de mi generación, aquella nacida en los setenta, aquella que estudió en las ruinas de la universidad pública y que está trabajando precariamente en la universidad privada, aquella para la cual la literatura bajo ningún caso es parte de una ciudad letrada y sí del mercado, lo que equivale a decir que la literatura es tan insignificante como los juguetes o las revistas de moda, pues para el mercado que hoy todo lo domina, no hay diferencias más allá de las ganancias. Es más, si consideramos que actualmente, por lo menos para el caso de Chile, los estudiantes de humanidades representan alrededor del 1%, tanto de la matrícula total, como de la matrícula de primer año, no es mucho lo que falta para desaparecer. Señalo esto para indicar que encuentro en el libro una sobrevaloración del lugar de la llamada ciudad letrada y, por tanto, una injusta denostación de la literatura, a favor de una exaltación de la subalternidad, la que muy bien puede tener su segmentariedad dura, como diría Gilles Deleuze. Esto me recuerda la discusión a propósito de la pertinencia del latín durante la segunda mitad del siglo XIX chileno, al que se combatió en nombre del pueblo y de la democracia. Y me pregunto: ¿por qué el pueblo no puede apropiarse del latín? ¿Acaso no es la política aquel movimiento que nos lleva a desinscribirnos de los lugares que se nos han asignado, el cruce hacia ese lugar (el latín) prohibido para el pueblo? Estas cuestiones nos obligan a detenernos en las formas con las que pensamos la política y su vínculo con el saber, como también en el futuro de las humanidades y de la enseñanza literaria.

Por otra parte, creo que a veces se confunde –y no siempre queda claro el porqué–, la literatura en tanto ficción, con el aparato que se encarga de administrarla académicamente. No obstante, en un raro pasaje, Beverley parece reconocer este aciago momento: “Ahora que la literatura ha perdido su lugar central en las humanidades y se ha hecho subalterna, quizás aquéllos de nosotros que proveníamos de la crítica literaria pero que nos fuimos a los estudios culturales, podamos retornar a ella (admito que no soy completamente inmune a esta tentación)” (166). Agregaría que no solo la literatura, sino también las humanidades, son lugares muy poco relevantes para la universidad contemporánea y veo en este aminorado lugar más una potencia que una negatividad, que la hay, por supuesto. Lo resalto porque ahora que la literatura está desinvertida de poder, quizás se pueda por fin encontrar en ella la posibilidad de una nueva experiencia, una experiencia común o

comunitaria, con la que enfrentar el radical individualismo que propicia el neoliberalismo, pues parece difícil, sino imposible, pensar otro Estado si antes no pensamos una nueva subjetividad, una que escape a la competencia y al modelo de emprendimiento que favorecen las actuales políticas universitarias. Ello porque cierta literatura, aquella que trabaja con su historia, no para venerarla sino para hacerla siempre otra de sí misma, realiza un trabajo de reanimación del pasado, en particular del pasado de la literatura y sus circunstancias (lugares, nombres, etc.), que le hace frente a la reificación de la comedia humana propiciada por el mercado. En otras palabras, cierta literatura se inserta en el reparto de lo sensible, y desde la escritura visibiliza otra escritura (anterior o contemporánea), lo que da lugar a un pueblo ahí mismo donde el pueblo está proscrito, en el mercado. La política de la teoría debe, por tanto, ser suplementada por la política de la literatura.

Por último, Beverley escribe desde su generación y, quizá sin percibirlo, *para* su generación, desconsiderando a las generaciones venideras, lo que podría dificultar el (o nuestro) diálogo, en vista de que la experiencia que tenemos con el mundo y con la literatura, e incluso con la política, no es la del desencanto y/o la desilusión, sino la de la deriva y la intemperie.

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso